

Una perspectiva del filosofar en América Latina

Por *Pablo* GUADARRAMA GONZÁLEZ*

ANICIOS DE LOS AÑOS SETENTA, a propuesta de la Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas (UCLV) de Santa Clara, Cuba, donde estudié, y luego de haber tomado un curso especial de formación de profesores de filosofía en la Universidad de La Habana, matriculé cursos de filosofía clásica alemana en la Facultad de Filosofía de la entonces denominada Universidad “Karl Marx”, de Leipzig. Allí me propusieron desarrollar una tesis doctoral sobre el concepto de *libertad* en Kant o el de *sociedad civil* en Hegel pero, para sorpresa de mis profesores, decidí dedicarme al estudio de la filosofía en América Latina. Así comencé a investigar sobre las particularidades del positivismo en Cuba a través del pensamiento de Enrique José Varona, bajo la valiosa orientación inicial de la profesora Isabel Monal de la Universidad de La Habana.

Desde 1976 comencé a publicar en la revista *Islas* de la UCLV y en la *Deutsche Zeitschrift für Philosophie*. En mis escritos enfatizaba la metamorfosis que había sufrido el positivismo en América Latina para tornarse *sui generis* y esencialmente progresista.

En 1978 regresé a Leipzig para formalizar estudios de doctorado, y en 1980 defendí la tesis sobre las ideas éticas y sociales de Enrique José Varona. Mi investigación destacaba que, formado en el positivismo, Varona hizo suyas muchas de sus principales tesis, como la crítica a la metafísica, el culto al conocimiento científico, al determinismo mediado por la libertad humana, el empirismo, el evolucionismo, el socialdarwinismo, el liberalismo y, especialmente, la consigna de “orden y progreso”. Sin embargo se distanciaba de él por su optimismo epistemológico, su monismo holista-materialista, su ateísmo y la confianza en el porvenir de la filosofía. Analicé detenidamente dichos rasgos, en colaboración con Edel Tusell, en *El pensamiento filosófico de Enrique José Varona* (1987).

Algunos de estos rasgos distanciaron a José Martí del positivismo, dada la perspectiva sesgada que tenía del ser humano,

* Profesor e investigador de la Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas de Santa Clara, Cuba; e-mail: <pabloguadarramag@gmail.com>.

tema que posteriormente desarrollaría en mi libro *José Martí, el humanismo latinoamericano* (2003).

Meses después de publicarse en alemán el resumen de mi tesis doctoral, recibí una delicada carta de José Ferrater Mora para solicitarme una traducción al inglés con el objetivo de publicarlo en *The Philosopher's Index* elaborado por The Philosopher's Information Center de Ohio. Luego apareció referenciada en la nueva edición de su valioso *Diccionario de Filosofía* (1941). Seguramente si hubiese realizado mi tesis sobre Kant o Hegel no hubiera llamado tanto la atención.

Mi entusiasmo heurístico en aquellos temas se plasmaba en la satisfacción de ver los primeros resultados en algunos de mis artículos sobre Varona, Manuel Sanguily, Enrique Piñeiro, Andrés Poey y Fernando Ortiz. Por momentos la embriaguez intelectual en el estudio de aquellas personalidades me indujo a profundizar en el conocimiento más allá de sus ideas y a percibirlos íntegramente en su corporalidad humana, llegué incluso a soñar con algunos de ellos.

Paulatinamente incursionaba en una perspectiva más amplia del filosofar en América Latina, su originalidad y autenticidad, que se plasmaron en mi primer libro *Valoraciones sobre el pensamiento filosófico cubano y latinoamericano* (1986).

Me percaté que debía precisar mucho mejor mi aparato conceptual, permeado por la interpretación soviética del marxismo, que no siempre resultaba válido. Consideré que para lograr un mejor descubrimiento del humanismo en su enfrentamiento a diversas formas de alienación en la historia de la filosofía en América Latina debía reelaborar las herramientas de búsqueda y análisis, los instrumentos metodológicos propios de la investigación histórico-filosófica. Traté de ofrecer mis propios conceptos sobre la especificidad misma de la filosofía, sus orígenes, sus funciones, originalidad, autenticidad, nexos y diferencias con la ideología, los conceptos fundamentales con los que operaba, como humanismo, especialmente el humanismo práctico, alienación y cultura.

Me cuestioné la reducción de la filosofía a gentilicios: alemana, francesa, argentina o cubana, porque históricamente ésta se nutre de fuentes que en el proceso de *transculturación* rebasan las fronteras de países y de patronímicos, como marxismo o marxismo-leninismo, en lugar de denominar sus diversas corrientes por el rasgo principal que las caracteriza, como pragmatismo, fenomenología, existencialismo, materialismo histórico etcétera.

A inicios de los ochenta dirigí una investigación con el Grupo de Pensamiento Filosófico Latinoamericano que formé en la UCLV, que concluyó con la publicación del libro colectivo *El pensamiento filosófico en Cuba en el siglo xx: 1900-1960* (1995), en el que se destacan las características de sus principales etapas, corrientes y representantes.

Unos años después, el grupo publicó *Humanismo y filosofía de la liberación en América Latina* (1993) y siguió sus investigaciones sobre el posmodernismo, corriente que cuestionaba el humanismo. Arribamos a la conclusión de que aquella constituía una corriente del heterogéneo humanismo latinoamericano, que agrupaba un núcleo mayoritario de hombres de buena voluntad unidos por el interés común de mejorar la situación de estos pueblos. Mientras que la segunda expresaba la incertidumbre de algunos sectores intelectuales respecto de las conquistas de la modernidad.

En 1984 recibí una carta de Leopoldo Zea donde me comentaba la lectura que había hecho de mis artículos sobre el positivismo en Cuba y expresaba su deseo de conocerme para debatir algunos controvertidos aspectos. De aquellas conversaciones en La Habana surgió una sensible amistad, cultivada en múltiples encuentros, publicaciones y en su hogar.

En colaboración con el filósofo ruso Nikolai Pereliguin realizamos una investigación que culminó en el libro *Lo universal y lo específico en la cultura* (1989), en la que tratamos de elaborar un concepto preliminar de *cultura*¹ y de lo auténtico —es decir, aquel producto cultural que se corresponda con las principales demandas del hombre para mejorar su dominio sobre sus condiciones de vida, en cualquier época histórica y en cualquier parte, aun cuando ello presuponga la imitación de lo creado por otros hombres—, para poder comprender la dialéctica articulación de la cultura latinoamericana con la cultura universal, concepto este último que reclamaba una reformulación que incluyera debidamente las mejores expresiones de la primera. Estos temas los retomaría posteriormente en *Cultura y educación en tiempos de globalización posmoderna* (2006).

¹ Considerada como “el grado de dominación por el hombre de las condiciones de vida de su ser, de su modo histórico concreto de existencia, lo cual implica de igual modo el control sobre su conciencia y toda su actividad espiritual, posibilitándole mayor grado de libertad y beneficio a su comunidad”, Pablo Guadarrama González, “Cultura”, en Hugo Biagini y Arturo A. Roig, dirs., *Diccionario del Pensamiento Alternativo*, Buenos Aires, Biblos, 2009, pp. 140-141.

Me había planteado dos objetivos: revelar que no obstante la antinómica crisis del socialismo, a raíz del derrumbe del “socialismo real” —que constituía sin duda un lamentable ensayo fracasado de construcción socialista, sin que esto obligatoriamente significase un fatal destino similar para todos los pueblos que intentasen superar la inhumana sociedad capitalista—, en el pensamiento socialista y marxista subyacía una profunda y auténtica raigambre humanista, además de los elementos de científicidad contenidos en la obra de Marx y reconocidos incluso por sus críticos.

Marxismo y antimarxismo en América Latina (1990) es un intento de análisis histórico de la evolución de las ideas socialistas en la región. En 1995 defendí en la UCLV la tesis de doctorado en Ciencias sobre el tema *Humanismo y autenticidad en el pensamiento latinoamericano: la significación del marxismo* que fue publicada en 1997. En *Humanismo, marxismo y posmodernidad* (1998) centré la atención en la crisis del marxismo y del socialismo. Simultáneamente dirigía el proyecto colectivo que culminó en *Despojados de todo fetiche: la autenticidad del pensamiento marxista en América Latina* (1999), donde destacaríamos la trayectoria humanista del marxismo, especialmente en esta región.

En América Latina, donde la carga humanista y desalienadora había estado presente de un modo u otro a lo largo de la trayectoria de su pensamiento más significativo, no resulta extraño que la recepción del marxismo entroncase con esa herencia.

Otro objetivo era analizar las reflexiones humanistas contenidas en el pensamiento latinoamericano desde sus primeras manifestaciones en las culturas ancestrales y su encontronazo con las europeas, así como su posterior desarrollo hasta llegar a nuestros días. Este objetivo fue desarrollado en *Humanismo en el pensamiento latinoamericano* (2001).

La filosofía en América Latina no sólo ha contribuido a la comprensión teórica de su respectiva época, también ha servido como instrumento de toma de conciencia para la actuación práctica. Sólo de esa forma es posible entender por qué, en lugar de construir especulativos sistemas filosóficos, la mayoría de los pensadores latinoamericanos más prestigiosos ha puesto su pluma al servicio de las necesidades sociopolíticas de sus respectivos momentos históricos, y en tal sentido han adoptado una postura más *auténtica*.

Como en otras latitudes, el pensamiento filosófico en América Latina ha constituido también un proceso de emancipación mental, de superación de los mecanismos enajenantes que tratan de subhuma-

nizar al hombre; ha dialogado permanentemente con el pensamiento de otras culturas, entre las que sobresale naturalmente la europea, pero no exclusivamente con ella. Por tal motivo resulta erróneo considerarlo un simple eco de esta última, ignorando sus aportes teóricos sobre su propia realidad, algunos de validez universal.

En *Positivismo y antipositivismo en América Latina* (2004), retomamos el estudio del positivismo y sus críticas de forma más amplia. Teniendo en consideración que por esos tiempos el irracionalismo y el fideísmo tomaban auge en el contexto latinoamericano, la opción por el positivismo resultaba favorable, progresiva y auténtica, pues contribuía al desarrollo del pensamiento filosófico, así como de otras formas de la conciencia social, en especial, la ciencia y la ideología política y jurídica, en detrimento de la religión.

Aunque en ocasiones el darwinismo social estuvo presente en algunos de los positivistas latinoamericanos, el humanismo se impuso en sus ideas. El balance general del positivismo en América Latina, si bien no tuvo la misma repercusión en todos los países, resulta favorable al desarrollo del pensamiento humanista en esta región.

En este contexto, concebí la idea de desarrollar un macroproyecto internacional de investigación sobre antropología filosófica latinoamericana, a fin de demostrar la tendencia humanista y desalienadora de la mayor parte del pensamiento de nuestra América. Así surgió “El pensamiento latinoamericano del siglo xx ante la condición humana”,² del que inferimos que no obstante la supervivencia en el pensamiento y la cultura latinoamericana del siglo xx de tendencias y fuerzas alienantes, retrógradas y conservadoras heredadas de la época colonial —algunas de ellas caracterizadas por posturas escépticas y pesimistas sobre una presunta naturaleza humana o una metafísica esencia humana en relación con la posibilidad de una dignificación de los pueblos latinoamericanos—, se fue imponiendo, prevaleció y finalmente triunfó un pensamiento humanista y desalienador que en sentido general, con lógicas excepciones, ha propiciado una praxis emancipadora. Esto se confirma en la obra colectiva de nuestro grupo: *El pensamiento cubano del siglo xx ante la condición humana* (2010-2014).

Recientemente, en *Democracia y derechos humanos: visión humanista desde América Latina* (2016) propuse que existen razones suficientes para fundamentar el cuestionamiento del pre-

² Véase DE: <www.ensayistas.org/critica/generales/C-H/>.

sunto absoluto protagonismo de la cultura grecolatina en cuanto a la existencia de formas democráticas y de derechos humanos en otras culturas del orbe.

Considerar a los pensadores latinoamericanos simples receptores de corrientes filosóficas, ideológicas, políticas, jurídicas etc., que, de forma unilateral, se admite sólo pueden surgir en Europa, conduce necesariamente a atribuirles incapacidad intelectual y contribuye a justificar una permanente tutela foránea en relación con la posibilidad de elaborar caminos propios de emancipación.

En mi vida intelectual siempre he tratado de articular investigación y docencia, pues cualquiera de las dos quedaría incompleta si no se realiza a través de la otra. A la vez, me he propuesto que la labor académica integral en la tarea de descubrir por mí mismo y ayudar a otros a develar también la vida filosófica latinoamericana se desarrolle tanto en Cuba como en los muchos otros países en los que he trabajado. Por esa razón, tanto antes de mi jubilación como en los últimos años, sistemáticamente he impartido cursos en las universidades cubanas. Creo que es la única forma de ser consecuente con el principio martiano según el cual, desde que nace, cada hombre tiene el derecho de que se le eduque y luego, en pago, el deber de contribuir a la educación de los demás.

Desde mis primeras investigaciones he tratado de revelar la especificidad del humanismo, la autenticidad y las luchas del pensamiento filosófico latinoamericano frente a diversas formas de alienación, y he estado dispuesto a socializarlo tanto en América Latina como en otras latitudes para demostrar que forma parte activa del humanismo y la cultura universal.